

Bibliografía

En el Angelus de la tarde.—*Poesías por Mario Verdaguer de Travestí.*

El temor de tener que decir algo que desagradase al joven autor de este librito ha privado á los habituales escritores de esta sección bibliográfica de dar cuenta de su publicación y hanme encargado á mí la tarea. La acepto con mil amores por tratarse de un paisano y, además de paisano, hijo de aquel buen maestro de dos generaciones menorquinas que se llama D. Magín Verdaguer y Callís.

No me es desconocido ni personal ni literariamente el joven escritor menorquín. Hace pocos años tuve el gusto de conocerle y de tratar con él de asuntos literarios. En Palma fué y al conocer sus aficiones literarias y su filiación á la escuela modernista ó decadente, me permití darle unos consejos, para los cuales me autorizaban, más que mis aficiones, mis barbas. Asentía á mis consejos el padre; pero por lo visto no los siguió el hijo pensando sin duda que en estas disciplinas poéticas lo de menos son las barbas. Y así es la verdad.

A la primera lectura de *En el Angelus de la tarde* saltan demasiado bruscamente á los ojos los defectos propios de la escuela poética á que se ha afiliado Mario Verdaguer. Aquellos *triumfos de cristal*, aquellos *cantos amarillos*, aquel *cielo rosa*, aquellos *vidrios malvas* y aquellos otros *que están malvas*, aquellas libertades métricas y rítmicas y el colorismo desmayado de las descripciones son demasiado artificiosos y de escuela para que sienta el lector á la primera lectura la delicadeza de las imágenes y la suave poesía de las descripciones. Sin embargo hay unas pocas composiciones en que el poeta se acuerda menos de su profesión de fe *verleciniana* y esas composiciones resaltan sobre todas por su positiva belleza y su fuerza poética: ejemplo *El idilio de Sigfrido* y *El caballero enlutado* y con menos vigor, pero con no menos belleza *Todo un canto amarillo...* Hay en ellas menos artificio y por lo tanto más sinceridad y por ende más poesía.

Mario Verdaguer percibe y muchas veces siente la belleza de las cosas muertas, de los recuerdos vagos, de las telas antiguas, de las hojas secas, de los viejos muebles, de los abandonados jardines, de los góticos ventanales, de las lluvias de otoño, de las figurillas á lo Watheau, de las pintadas damas, de las empolvadas pelucas, de las pasiones borrosas, de las tardes grises, de los amores añejos, de los minuettos y las pavañas; poesía más bien erudita y de reminiscencia que vivida y sentida hondamente ¿qué duda tiene que en ello puede haber y hay una dulce y delicada poesía, una vaga y suave belleza?

Pero esto, que á ratos y en ocasiones debe hacerse, no debería absorber la labor poética y literaria de un joven como Verdaguer. Debería dar algo más á la poesía de las cosas vivas, de las pasiones hondas, á la poesía de las rosas frescas y de los mares turbulentos y de las mañanas espléndidas, á la alegría ó al dolor vivo y varonil de los hombres que sienten fuertemente el dolor, el amor y la alegría de la vida. En la composición *Anhelo de paz* se retrata toda la poesía y toda el alma del joven poeta. Aquel *Anhelo de paz* no es el anhelo de paz en medio ó después de la batalla y de la lucha, es el anhelo de paz por el cansancio de una vida triste y sin batallas, es el anhelo de paz del enfermo sin dolores, de un espíritu anémico.

Y sin embargo esa poesía es difícil, es difícil de concebir y de versificar: es más difícil y tiene más mérito que la poesía de las frases hechas y los pensamientos cien veces dichos en perfectos consonantes y en bien medidos octosílabos y en endecasílabos retumbantes; pero que ni hablan de las cosas muertas ni de las cosas vivas, ni de las tardes grises ni de las noches negras. No crean que acierten los que ante los vidrios *que están malvas* ó los *cristales lentos* creen que Mario Verdaguer no es artista. Por tal le tengo y delicado y sutil, aunque enamorado de lo enfermizo y decadente... Cuando Mario Verdaguer se desentienda de artificios y escuelas y rompa en himnos á la belleza y á la vida, volveremos á hablar....

Entre tanto reciba mi parabién por el libro y sobre todo por el notable *Idilio de Sigfrido*.

Angel Ruiz y Pablo.